

Poema a El Sur/tu Sur/mi Sur/nuestro Sur.

La voz me pide que me mantenga al habla y yo pienso si podré mantenerme de pie mucho rato. Me gustaría poder decir ese tipo de cosas en lugar de las frases que suelo decir, es decir, no te preocupes, estoy bien, puedo con todo, o estaré aquí esperando todo el tiempo que sea necesario. En este momento, no saber si caeré desplomada es un signo de fatiga que me obliga a ser humilde ante mi misma, que me impone un ritmo desconocido, flaco, decadente, caído de antemano.

No sé lo que estoy haciendo. Pero voy a por ello. Me siento en el sillón naranja otra vez. Por un momento tengo la tentación de echarme a llorar. Una lágrima prieta, -de esas que caen ladera abajo hasta la boca-, arrastra consigo una ira oculta.

Me mantengo al habla todo este tiempo y de principio a fin. Ensancho el pecho, exhalo con furia el aire comprimido en mi garganta. Silencio.

Escucho el mutismo del otro lado. Espero custodiando el habla, callada. Albergo la palabra antes de que tu voz aparezca cantarina o sombría al otro lado.

Me estoy tratando de contener pero vuelvo a tener ganas de salir corriendo. Yo, de momento, aquí sentada, puedo ver amanecer acompañada por una imagen vaga de ti. Me quedaría aquí lo que queda de noche y lo que queda de abril.

Tengo la tentación de pronunciar la cita que leí en El Sur de Silvia Nanclares, aquella que dice: *me gusta tenerte a mi lado como si pudiera ser normal que estemos juntos*, de Leopoldo Alas, pero mantengo la palabra suspendida antes de caer redonda de una manera que le parezca apropiada a mi orgullo.

Todavía son las nueve y la vanidad aún me sujeta. La penumbra avanza misteriosa. El agua está fría, así que estoy dispuesta a comenzar una nueva vida desde cero. Imagina.

Doy por supuesto que el cero existe en una vida. Un redondel vacío lleno de nada que se amplía y descansa, sin fecha de inicio. Relax.

Pego una patada al aire y grito hasta la saciedad mientras espero sucumbir más temprano. Puedo borrarirme, puedo ponerme el casco y hacerme invisible.

Lío un cigarro con la mano que tengo libre, con el dedo índice me rasco la punta de la nariz y a la vez parpadeo. Existo.

El sueño de desaparecer no es del todo agradable. Puedo ocultarme a todo lo que amo, a todo lo que me gusta, puedo ausentarme de los libros, puedo huir de los discos, puedo morir a casi todo menos a ti. Miento.

Y en la mentira desespero al mismo tiempo que me duelo. Creo.

El perro ladra. Mi actitud se limita a un incesante encogerme de hombros. Todo esta bien. En esta ciudad no hay lugar para el amor. Está todo quemado. Cuelgo el auricular.

Entra Adela. Durante unos minutos no sabemos que decir. Aprovecho el desconcierto para, de golpe, experimentar el sabor de la rendición, la alegría del que afloja y flaquea, la satisfacción del que cede y cae.

En este momento soy la declinación del ser y del no ser encontrado en la trastienda de la conciencia. Aparece por primera vez la dignidad del vencido, del que olvida y quiere ser encontrado. Recuerda.

Soledad Hernández de la Rosa